

LAS GUERRAS CÁNTABRAS EN LAS FUENTES

Joaquín González Echegaray

Joaquín González Echegaray

La Guerra Cantábrica (29-19 a. C.), a pesar de su innegable huella en las fuentes literarias greco-latinas, no ha tenido, a nuestro juicio, el eco suficiente en la historiografía posterior, que la considera más bien un evento de segunda clase en la historia de la Roma imperial. Bien es cierto que, ya en este siglo XX, ha sido objeto de una atención más detenida por parte de historiadores, tanto italianos,¹ como alemanes,² ingleses³ y franceses,⁴ por no citar a los españoles, que siempre han tenido conciencia de su importancia.

Las fuentes greco-latinas

Analizando todas las circunstancias, hemos llegado a la conclusión de que el carácter un tanto secundario de esta guerra se debe fundamentalmente al hecho de que su más completa y valiosa narración, que debió ocupar un lugar preferente en la historiografía latina, no ha llegado a nosotros. Nos estamos refiriendo a Tito Livio y a su monumental

¹ BRANCATTI, A., *Augusto e la guerra di Spagna*; Urbino 1963; FORNI G. "L'occupazione militare romana della Spagna noroccidentale: Analogie e paraleli", en *Legio VII Gemina*, León 1970, pp. 205-225.

² SCHULTEN, A., *Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma*, Madrid 1943; SCHMITTENNER, W., *Augustus Spanischer Feldzug und der Kampf in den Prinzipat*, *Historia* 11 (1962): 29 ss.

³ MAGIE, D., *Augustus War in Spain (26-25 B.C.)*, *Classical Philology* 15 (1920): 223-239; SYME, R., *The Spanish War of Augustus (26-25 b. C.)*, *The American Journal of Philology* 55 (1934): 193-317; Id., "The Conquest of North West Spain", en *Legio VII Gemina*, León 1970, pp. 79-107.

⁴ LE ROUX, P. *L'armée romaine et la organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409*, Paris 1982.

obra *Ab Urbe condita*. En ella, a partir del libro 135, se narraban con todo detalle los hechos de la guerra. Estos últimos libros se han perdido y no se conserva de ellos ni siquiera un fragmento, a diferencia de lo que sucede con otros anteriores igualmente perdidos. Como se sabe, sólo se conservan en su integridad los primeros 45 volúmenes.

Los historiadores modernos están de acuerdo en que Livio ha sido la fuente de la que se han servido otros historiadores menores romanos, que han tratado el tema. Por otra parte, la guerra cantábrica no ha tenido la suerte de ser objeto preferente de ciertas obras generales, como ocurre con las guerras celtibéricas y lusitánicas (Polibio), o de monografías independientes como es el caso de la guerra yugurtina (Salustio), de la conquista de las Galias (César), de las guerras germánicas (Tácito) y de las judaicas (Flavio Josefo). Posiblemente el tema de la guerra cantábrica había sido tan puntualmente descrito por Livio, que hizo innecesario su tratamiento en ulteriores monografías. Téngase en cuenta que Tito Livio fue el historiador "oficial" de Augusto, entregado a realzar su figura como cumbre de la historia romana, y que la guerra cantábrica constituyó el triunfo principal y más costoso de este emperador en su enfrentamiento con los bárbaros, naturalmente dejando a un lado las guerras civiles.

Pues bien, sólo otros dos historiadores tocan con cierta amplitud nuestro tema, uno de los cuales resume drásticamente lo dicho por Livio para introducirlo en su compendio historial.⁵ Se trata de Lucio Anneo Floro, que en la época de los Antoninos (principios del siglo II) escribe un breve *Epitome de Gestis Romanorum*. El otro historiador es el griego Dión Casio, que un siglo después publica su obra *Historia Romana*, de más vuelos y amplitud que el autor del epítome. Y es interesante consignar que los eventos de nuestra guerra ocupan un lugar bastante amplio en ambas obras, como corresponde a la importancia real de los

⁵ La simple relación, aunque completa, de las referencias bibliográficas de las fuentes puede verse en J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Cantabria a través de su historia*, Santander 1977, pp. 199-202. Para una ulterior compulsación de los textos con mayor amplitud, véase RODRÍGUEZ COLMENERO, A., *Augusto e Hispania. Conquista y organización del norte peninsular*, Bilbao 1979.



Fig. 1. Legionario romano de fines de la República. Reconstrucción del Römisch-Germanisches Zentralmuseum (Maguncia, Alemania)

acontecimientos narrados y a la extensión que debieron tener en su fuente de origen.

En Floro la guerra aparece en el libro XII de su obra, dedicado a las numerosas contiendas contra los bárbaros en los tiempos de Augusto, y allí ocupa casi una cuarta parte de la extensión de este libro. En Dión las narraciones se encuentran dispersas en los libros 53 y 54 y, aunque no adquieren las proporciones que en la obra de Floro, tienen una extensión relativamente amplia, comparadas con el lugar que ocupan otras contiendas similares de la época. Parece ser que, aunque Dión manejó a Livio, se sirvió también en el tema de Cantabria de otras fuentes para nosotros desconocidas.

También aparecen alusiones a la guerra cantábrica, como era de esperar, en obras históricas de carácter biográfico, como la *Vida de los doce Césares* de Cayo Suetonio Tranquilo, escrita en la primera mitad del siglo II, en cuya *Vita Augusti* se hacen varias referencias a la estancia del emperador en Cantabria durante la contienda. Estas noticias suelen ser, de acuerdo con el estilo de la obra, más bien de tipo anecdótico. Desgraciadamente se ha perdido la Autobiografía de Augusto, donde los hechos ocurridos en Cantabria durante la guerra debieron ocupar un lugar importante en esta obra literaria que no ha llegado a nosotros. En boca de Augusto, pero en este caso ya simplemente con un carácter oficial, aparece una alusión a la guerra cantábrica en la inscripción del monumento de Ancyra, que constituye una síntesis de la vida política del emperador.

Otras alusiones menores a la guerra cantábrica serán recogidas por distintos historiadores, como Flavio Josefo, Plutarco, Apiano, Lucio Ampelio, San Jerónimo y especialmente por Paulo Orosio, quien basado principalmente en el texto de Floro y en una *periocha* o resumen de Livio, dedica en sus *Historias contra los paganos*, escritas a finales del siglo IV o comienzas del V, un espacio muy considerable al tema que nos ocupa.⁶

⁶ La discusión sobre las fuentes de Orosio en este tema véase en CANAL SÁNCHEZ-PAGÍN, J. M., Sobre la guerra de Cantabria. Un discutido texto de Floro sobre la guerra de Cantabria: Aracillum-Mons Medullus, *Archivos Leoneses* 77 (1985): 7-28.

Que las guerras cántabras tuvieron de hecho especial relevancia en la Roma de entonces, se deduce del impacto que produjeron en otros medios literarios del momento, no precisamente historiográficos. Nos referiremos en primer lugar a la obra monumental de Estrabón, *Geographica*, publicada algunos años después de la guerra, que constituye, juntamente con la *Naturalis Historia* de Plinio y la *Geographica* de Ptolomeo, la más trascendental aportación geográfica de la antigüedad. Pues bien, en el libro III dedicado a España, al describir los pueblos del norte de la Península, se recogen numerosas noticias de la guerra cantábrica, especialmente aquellas relacionadas con la etnografía de los cántabros, sin olvidar tampoco algunas informaciones de carácter militar.

Pero quizá, donde se acusa el estado de ansiedad y preocupación que produjo esta guerra en la sociedad romana, es en las continuas alusiones a ella, que se hallan en la producción literaria de un poeta de entonces, que es considerado como una de las figuras señeras de la lírica de todos los tiempos. Se trata de Quinto Horacio Flaco, uno de los intelectuales protegidos de Augusto, que escribe algunos de sus poemas precisamente durante la guerra, y otros inmediatamente después. Hay en ellos diez alusiones a esta guerra, destacando siempre el carácter arriesgado de la misma debido a la fiereza de los cántabros, y el peligro que suponía para Roma la presencia en el combate del propio emperador.

Otros poetas latinos posteriores seguirán aludiendo también al tópico de los cántabros, como sucede con Crinágoras de Mitilene, Lucano, Silio Itálico y Juvenal.

A través de lo que nos dicen estas fuentes específicas y otras más generales y complementarias, vamos a estudiar aquí algunos aspectos fundamentales de la guerra cantábrica, como son el enfoque político, el planteamiento estratégico y las dificultades tácticas de la misma, dejando a un lado el tema concreto de las operaciones militares sobre el teatro de la guerra, es decir, la identificación topográfica del despliegue de las tropas sobre el mapa real de Cantabria, ya que este aspecto va a ser tratado en este mismo simposio por otros autores.

El enfoque político

La guerra cantábrica, como las demás guerras importantes que registra la historia, obedece a planteamientos de carácter esencialmente político, que aquí vamos a tratar de analizar. El imperio con el que Augusto se encontró en sus propias manos, planteaba ya numerosos problemas de todo orden, entre los cuales no era precisamente el menor el problema de su seguridad de cara a las fuerzas exteriores al mismo. Dicho de otra manera, el emperador tenía que cuidar sus fronteras, adoptando para defenderlas algún tipo de política eficaz que respondiera a las necesidades del momento.

Una vez concluidas las largas y sangrientas guerras civiles, Augusto tuvo por fin la ocasión de plantearse muy seriamente el problema de las fronteras, el *limes*, palabra que adquiriría gran resonancia en la historia del imperio. El imperio para él había adquirido ya sus dimensiones precisas. No era necesario conquistar más; ahora se trataba de defender. En el oriente la existencia de algunos pequeños reinos aliados podía servir de mampara elástica contra el ataque de los grandes enemigos, que allí no sólo eran las tribus beduinas de árabes procedentes del desierto, sino el no muy lejano y siempre poderoso reino de los Partos, que amenazaba desde más allá del desierto. Estos reyezuelos autónomos, aliados del imperio, eran entonces los de Judea, Arabia, El Ponto, Galacia, Comagene y la Pequeña Armenia.

En el norte de África el enemigo no era otro que los beduinos. En Europa, además de los residuos celtas aún independientes de las Islas Británicas, el imperio se enfrentaba fundamentalmente a los germanos; en la zona oriental, al norte de los Cárpatos, apuntaban ya, aunque todavía lejanos, los pueblos eslavos.

Para mantener el *limes* había que fortificarle y concentrar en él las tropas, que, una vez concluidas las guerras civiles, no tenían por qué seguir acantonadas dentro del imperio. En consecuencia, el ejército fue reducido a sólo 26 legiones, que, con las tropas auxiliares, no elevaba sus efectivos a más de 300.000 soldados. Pero, sobre todo, era preciso delimitar las fronteras, haciéndolas coincidir con la geografía más ade-

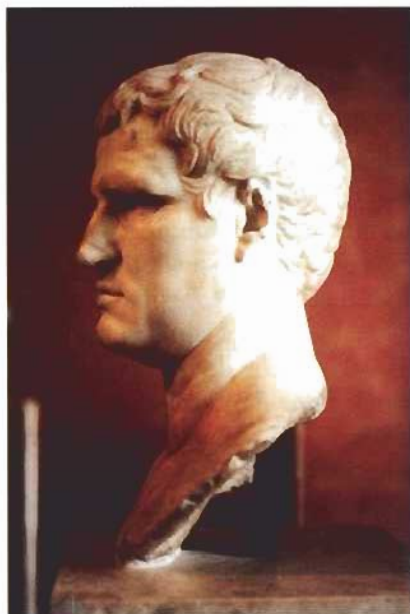


Fig. 2 y 3. Octavio Augusto y Marco Vipsanio Agripa. Bustos en el Museo del Louvre (fotos de E. Peralta).

cuada y evitando peligrosas concentraciones de enemigos más allá del *limes*. Éste en la Europa nórdica era el Rin y el Danubio, pero, como medida de seguridad, Augusto se propuso que sus tropas llegaran hasta el Elba y, un siglo después, Trajano haría algo similar en el Danubio, incorporando la Dacia. Ambas regiones estaban destinadas a perderse: la Germania transrenana en la época del propio Augusto, y la Dacia en los tiempos del emperador Aureliano.

En este marco de la política exterior de Augusto se comprende perfectamente que la situación del norte de España encerrada dentro del imperio con dos pueblos independientes y pendencieros, aferrados a las montañas y asomándose al mar, los Cántabros y los Astures, representaba una anomalía intolerable.⁷ Esta situación aparece perfectamente definida por Floro y éste debió tomarla, sin duda, de Tito Livio, al plantear el comienzo de las hostilidades entre Roma y estos pueblos: “En el Occidente estaba ya en paz casi toda España, excepto la parte de la Citerior pegada a los riscos del extremo del Pirineo que acaricia el océano. Aquí se movían dos muy esforzados pueblos, los Cántabros y Astures, ajenos al imperio. Los cántabros por su fiereza eran los primeros, los más violentos y los más pertinaces en la rebelión, los cuales, no contentos con defender su libertad, trataban también de dominar a sus vecinos, atormentando a los Vacceos, Turmogos y Autrigones con incursiones frecuentes.”⁸

* * *

Además del planteamiento de política exterior, al hablar de la guerra cántabrica, hay que referirse también al aspecto económico, que condiciona la mayoría de los enfrentamientos bélicos en todos los países y épocas. Cantabria y Asturias, aunque por su condición geográfica no eran países florecientes en el ámbito de la agricultura, guardaban un verdadero tesoro en el mundo de la minería, lo que constituía un atractivo evidente para la ambición y necesidades del imperio. Asturias era muy rica en oro, que se explotaba principalmente en las minas de Las Médulas.⁹ Dice Plinio algo

⁷ HARMAND, L., *L'Occidente romain*, París 1960, pp. 19 ss; LOMAS SOMONTE, F. J., *Asturias Prerromana y Altoimperial*, Sevilla 1975, pp. 118-120.

⁸ FLORO II, 33, 46-47.

menos de un siglo después de la conquista: “Asturia, Gallaecia y Lusitania suministran por este procedimiento 20.000 libras de oro al año, pero la producción de Asturia es la más abundante. No hay parte alguna de la tierra donde se dé esta fertilidad durante tantos siglos”.¹⁰ Junto al oro se beneficiaba también la plata. En Cantabria, por el contrario, se explotaba el plomo¹¹ y la magnetita,¹² mientras que la arqueología nos ilustra igualmente acerca de las minas romanas de blenda y cobre.¹³ Pero las más importantes de todas, según Plinio, eran las minas de hierro: “De todas las venas metalíferas, la más abundante en Cantabria es la de hierro: En la zona marítima que baña el océano hay un altísimo monte que, parece increíble, todo él es de metal”¹⁴ Esta montaña debe ser Peña Cabarga.¹⁵

Como tal riqueza minera parece que era ya conocida por los romanos antes de la conquista,¹⁶ no cabe duda que semejante factor económico fue determinante para no dilatar más la contienda,¹⁷ especialmente teniendo en cuenta la crisis de la falta de oro y plata en la circulación monetaria durante la última etapa de las guerras civiles.

Por otra parte, tampoco podemos olvidar que el dominio romano sobre la costa norte de la Península era un importante objetivo para regularizar el comercio atlántico entre Hispania y las Galias, ya que la navegación de cabotaje requería la posibilidad de tocar puerto en esa costa en las debidas condiciones de seguridad.

⁹ LOMAS SOMONTE, Obr. cit., pp. 159-173.

¹⁰ *Naturalis Historia* 33, 77.

¹¹ *Ibidem*, 34, 158.

¹² *Ibidem*, 34, 148.

¹³ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Los Cántabros*, 4a ed., Santander 1997, p. 89.

¹⁴ *Naturalis Historia* 34, 149.

¹⁵ CASADO SOTO, J. L. y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *El Puerto de Santander en la Cantabria Romana*, Bibl. Navalia 5, Santander 1995, pp. 41 y 69.

¹⁶ Estrabón, que escribe unos 60 años antes que Plinio y refleja más de cerca el ambiente de la época de la conquista, elogia la riqueza en minerales de todo el norte de la Península (p. e., III, 3, 5). Véase también Floro (2,33,60), si bien el texto resulta un tanto paradójico.

¹⁷ GÓMEZ MORENO, M., Oro en España, *Archivo Español de Arqueología* 14 (1940-41): 461-474.

Hay un tercer enfoque que nos puede permitir entender la finalidad y oportunidad de la guerra cantábrica. Se trata de la política interior de Roma, que, a nuestro juicio, es el determinante decisivo si acaso no de la guerra, sí al menos de la presencia personal de Augusto en la misma.¹⁸ Fue precisamente en aquellos años cuando tuvo lugar el extraño y difícil tránsito del viejo régimen (una república en crisis por la existencia prolongada de triunviratos y dictaduras) al nuevo estado imperial.

El año 28 a. C. Octavio, ahora llamado Julio César Octaviano, desempeñaba por sexta vez la magistratura suprema de la república, el consulado, en esta ocasión compartiéndolo con su colega Agrippa. Se trataba de dar forma jurídica a lo que de hecho había acabado siendo Octavio como *dux* o jefe supremo del estado. Ese año Octavio adopta el título de *Princeps senatus*, y se reserva en exclusiva el de *imperator*, que, como se sabe, originariamente no significaba más que lo que hay llamaríamos un general con mando. Al año siguiente, el 27 a. C. vuelve a repetir el consulado con Agrippa y consigue que el senado le atribuya el *imperium proconsulare* sobre las tres provincias con mayor número de tropas, es decir, Hispania, la Galia y Siria. Así quedaba constituido gobernador con todos los poderes civiles y militares sobre estos extensísimos territorios de occidente y oriente y prácticamente dueño legal y permanente de todo el ejército. Para gobernar directamente esas provincias va a enviar a sus legados, porque la idea es que las provincias con tropas no sean ya en el futuro gobernadas por procónsules. El senado le confiere además el título insólito de Augustus, honorífico, majestuoso y no exento de cierta resonancia religiosa.

Octavio era, pues, en ese momento, cónsul, príncipe, augusto, único portador del título de emperador, general en jefe de la inmensa mayoría del ejército, que de hecho se acantonaba en las provincias cuyo mando se le había conferido. Ya prácticamente lo era todo, o mejor, había encontrado la fórmula legal de serlo todo, puesto que a los títulos y prerrogativas señalados se unía la potestad tribunicia, que tenía con-

¹⁸ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., "Augusto en Cantabria", en *Perfiles de Cantabria*, Fundación Marcelino Botín, Santander 1995, I, pp. 162-169.



Fig. 4. Catapulta romana tipo «scorpio» y armamento de legionario de inicios del principado de Augusto (reconstrucción de E. Peralta).

ferida en exclusiva desde hacía algunos años. Con este conjunto de poderes podría incluso permitirse el lujo de desprenderse de lo que hasta entonces había sido la primera magistratura republicana, el consulado, que a partir del año 22 a. C. va a dejar ya para sus amigos y clientes.

Pero Octaviano Augusto tenía que refrendar la posesión de su título imperial y para ello precisaba acudir a alguna de las provincias que le habían sido asignadas y ponerse al frente de las tropas. Robert Syme, que ha estudiado a fondo esta delicada situación de política interior, la relaciona directamente con la venida de Augusto a España a finales de aquel mismo año 27 a. C. para preparar su ejército y lanzarlo contra el único enemigo que aquí subsistía: los Cántabros y Astures. Antes había pasado por el sur de las Galias para hacer notar también allí su significativa presencia.¹⁹

Es curioso consignar el hecho de que las primeras fundaciones romanas en Cantabria y sus inmediaciones, que debieron hacerse en el 26 a. C., Julióbriga y Segisama Julia, llevan todavía el nombre gentilicio del emperador: Julio, y no el de Augusto por entonces recién estrenado y acaso todavía no descubierto en todo su valor. Al año siguiente, el 25 a. C., la fundación que tendrá lugar en Asturia, Asturica Augusta, derivada de otro antiguo campamento convertido en ciudad, llevará ya el nuevo apelativo augústeo. Otras ciudades fundadas o al menos refundadas a partir de entonces, como Bracara Augusta, Caesar Augusta, Emerita Augusta o Augustóbriga no harán ya mención del gentilicio.

La puesta al mando del ejército de Hispania por parte de Augusto es rodeada en Roma de toda la parafernalia que merece un acontecimiento de tal trascendencia política. Se abren solemnemente las puertas del templo de Jano en el foro, para que esta divinidad proteja al pueblo romano en armas, que afronta un peligro contra la ciudad, según una vieja tradición enraizada en la mitología.²⁰ Estas puertas se cerrarán solemnemente a la vuelta del emperador, siendo la cuarta vez que esto sucedía en la historia de Roma,²¹

¹⁹ Syme, R., *La revolución romana*, Taurus, Madrid 1989, pp. 418-420.

²⁰ Orosio 6, 21, 1.

²¹ Id., 6, 21, 11.

y Augusto será agasajado por una sólo aparente victoria, que es celebrada por el poeta Horacio como si fuera el regreso de Hércules tras la superación de sus míticos trabajos.²²

La estrategia de la guerra

Una contienda bélica de la importancia que revistió esta guerra exigió una cuidadosa planificación militar, que, sin duda, Augusto ultimó en Tarragona con sus generales durante el invierno del 26 a. C.

En primer lugar, hubo que tener en cuenta las condiciones geográficas del teatro de la guerra: un territorio muy montañoso, respaldado al norte por el mar. Las costas debían ser ya conocidas y hasta cierto punto registradas por los navegantes griegos y romanos, a juzgar, entre otras cosas, por las viejas fuentes que utilizó el geógrafo Pomponio Mela en la primera mitad del siglo I d. C.²³ Estas circunstancias imponían un cuidadoso y bien pensado plan de ataque, pues las circunstancias topográficas eran en conjunto adversas y ésta, junto con la fiereza y valor de sus habitantes, resultaba una de las causas de que, pese a los ataques romanos precedentes, aún siguieran manteniendo su independencia estas gentes hispánicas.

Había, pues, que, tras la recogida de todos los datos, seleccionar el cuerpo de mandos, principalmente los generales, que debían dirigir la campaña. Hasta entonces habían intervenido hombres de mucho prestigio, como Statulio Tauro, aquel año 26 a. C. colega en el consulado con Augusto, que era el militar más destacado del momento después de Agrippa, con experiencia en las guerras de Sicilia, Iliria y África, el cual había peleado contra los cántabros y vacceos el año 29 a. C.²⁴ Otro era Calvisio Sabino, uno de los incondicionales de Augusto, cónsul el año 39 a. C. y destacado almirante de la flota, que luchó contra los cánta-

²² Horacio, *Carm.* III, 14, 1-4.

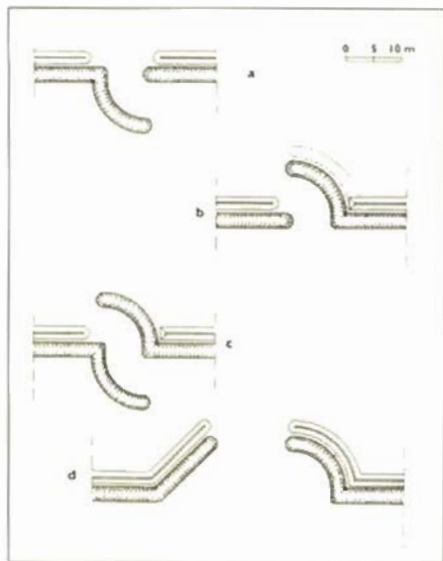
²³ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Cantabria Antigua*, Ed. Tantín, Santander 1986, pp. 7-11; CASADO SOTO, J. L. y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Obr. cit.*, pp. 25-31.

²⁴ Dión 51, 20, 5.



Fig. 5. Trofeos y despojos de guerra de armamento de los pueblos del Norte. Monedas acuñadas por cecas militares durante las guerras cántabras y por Carisio tras la victoria de la campaña del año 25 a.C. (Museo Arqueológico Nacional)

Fig. 6. Diferentes tipos de puertas en «claviculae» de los campamentos romanos de campaña: a. interna, b. externa, c. doble y d. Stracathro (según Lenoir)



bros en el año 28 a. C. obteniendo por ello un triunfo en Roma.²⁵ Finalmente estaba Sexto Apuleyo, cónsul el año 29 a. C., pariente de Augusto y otro de los más prestigiosos generales, que aquel mismo año 27 a. C. había conseguido alguna victoria sobre los cántabros.²⁶

Ahora Augusto en Tarragona contaba con dos nuevos generales, Antistio y Carisio, a quienes había nombrado legados de la Citerior y de la Ulterior, con el fin de que se encargaran directamente de los ataques contra cántabros y astures respectivamente. Antistio Vetus fue cónsul *suffectus* en el 30 a.C., pertenecía a una familia de militares expertos y había desempeñado importantes cargos en Siria. Publio Carisio era un general que había tomado parte en las guerras civiles y era hombre cruel y de carácter despótico.²⁷

Tras la contienda de los años 26-25 a. C., los sucesivos episodios de la guerra estuvieron a cargo de Lucio Elio Lamia en el 24 a. C., perteneciente a una familia de abolengo y a quien Horacio menciona en una oda;²⁸ Cayo Furnio en el 22 a. C., que llegó a ser cónsul en el 17 a. C. y era hijo de un antiguo partidario de Antonio, el cual había sido gobernador de Asia; P. Silio Nerva, amigo personal del emperador, cónsul en el año 20 a. C., experto militar en campañas de montaña, que iba a contribuir decisivamente a la conquista de los Alpes; y finalmente M. Vip-sanio Agrippa, el vencedor de Accio y del que nada añadiremos aquí, pues era considerado como el primer estratega del imperio.

En resumen, Augusto envió a Cantabria a sus mejores generales, alguno de los cuales, como Agrippa, lo eran no sólo del momento, sino que figura entre los más destacados de toda la historia romana.

Esta circunstancia pone de relieve una vez más la importancia de la guerra que nos ocupa, y la cuidada preparación de que fue objeto por parte del emperador.

Otro asunto dentro del plan estratégico fue el acopio de tropas para la campaña, la mayoría de las cuales se hallaban ya acantonadas en

²⁵ *Acta triumphalia* al año 28 a. C.

²⁶ *Ibidem*, al año 26 a. C.

²⁷ Dión 54, 5, 1.

²⁸ *Carm.* 3, 17, 1.

el país. El número de legiones que las distintas fuentes, sobre todo epigráficas y numismáticas, citan en la campaña, se eleva al menos a ocho: I Augusta, II Augusta, IV Macedónica, V Alaudae, VI Victrix, IX Hispanensis, X Gemina y XX Valeria Victrix.²⁹ Ello supone un total de efectivos de alrededor de 50.000 hombres, a los que habrá que añadir casi otros tantos integrados en las tropas auxiliares.

La cifra evidentemente podría parecer a primera vista demasiado alta. Algunos autores suponen que no concurren todas las unidades militares en el momento en que Augusto se puso al frente de la lucha. Así, por ejemplo, las legiones II y IV habrían llegado después de la marcha de Augusto, y quizá también la VI,³⁰ aunque los argumentos que se presentan para probarlo resulten discutibles. En todo caso, sea en el año 26 a. C. ó en el 19 a. C., la ingente concentración de tropas es innegable. Por otra parte, es cierto que en otras operaciones militares, semejantes a la guerra cantábrica por su extensión y topografía, el ejército romano operó con un número mucho más limitado de legiones. Tal sucedió, por ejemplo, en la conquista del País de Gales entre el 74 y el 78 d. C., con sólo tres legiones: la II Adiutrix, la XIV Gemina y la XX Valeria Felix,³¹ si bien en este caso la superficie del antiguo territorio de Cantabria-Asturia era sensiblemente mayor (quizá un 50 % más) que el territorio de Gales.

No puede negarse, pues, que Augusto se tomó muy en serio la guerra y que ésta fue planificada con todo esmero y sin escatimar recursos, aunque contaba ya con la existencia de casi todas las tropas en Hispania, y de ahí también el interés político en asumir el mando directo de toda la península, asunto al que nos hemos referido con anterioridad.

²⁹ SCHULTEN, *Obr. cit.*, pp. 171-174; GARCÍA Y BELLIDO, A., *El exercitus hispanicus desde Augusto a Vespasiano*, *Arch. Esp. de Arqueología*, 34 (1961): 114-160; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y J. M. SOLANA, *La Legión IV Macedónica en España*, *Hispania Antiqua* 5 (1975): 151-203.

³⁰ ROLDÁN, J. M., *Hispania y el ejército romano*, Salamanca 1974; SANTOS YANIGUAS, N., *El ejército romano y la romanización de los Astures*, Asturilibros, Oviedo 1981.

³¹ FORNI, G., *Obr. cit.*

Un ejército de tal magnitud sólo es comparable con el que en tiempos de Tiberio guarnecía el Rin, y ligeramente inferior al que Trajano logró concentrar en la frontera del Danubio,³² pero no se olviden las dimensiones de semejantes fronteras, comparadas con el reducido territorio cántabro-astur.

El planteamiento de la campaña no sólo incluía el estudio del terreno, la selección de estrategias y la concentración de tropas, sino también montar un sistema eficaz de avituallamiento, tanto más cuanto que no podía contarse prácticamente con la supervivencia sobre el terreno, especialmente por lo que se refería a Cantabria y a la Asturias transmontana, dada la naturaleza montañosa y la pobre economía del país. El abastecimiento de los dos grandes campamentos debía hacerse con trigo procedente de otras regiones cerealísticas de Hispania. El ejército de la Citerior, cuyo campamento base estaba en Segisamo, tendría almacenes (horrea) con trigo y cebada procedentes de esta provincia, tanto del valle del Ebro por la vía que venía a través de Virovesca (Briviesca), como del propio territorio de los Vacceos (Tierra de Campos) por la vía que venía de Pallantia y Septimancia. A su vez, el ejército de la Ulterior (por entonces esta provincia fue dividida en Bética y Lusitania,³³ recibiría las provisiones, procedentes de Andalucía, Portugal, Extremadura y los campos de Salamanca, con destino al campamento principal de Carisio, situado al sur del Duero y cuyo emplazamiento desconocemos, ya que el de Astúrica Augusta (Astorga), internado en pleno territorio astur, tiene que ser de un momento posterior, probablemente del año 25 a. C. Los dos campamentos base estarían, además, bien comunicados entre sí por la calzada, que saliendo de Segisamo y descendiendo por el Pisuerga, llegaba al Duero.

Sin embargo, no se consideró suficiente el aprovisionamiento con víveres de la Península y, por eso, se tomó la decisión de traer trigo del

³² GRANT, M., *The Army of the Caesars*, Weidenfeld and Nicolson, Londres 1974, pp. 291-294.

³³ Se discute si se hizo la nueva división de provincias antes de la guerra, como parece deducirse de Dión (53, 12, 4), o inmediatamente después, como quiere Syme.

sur de la Galia, según nos cuenta Estrabón.³⁴ Estas mercancías vendrían por los caminos de la costa, aprovechando que Caristios, Várdulos y Autrigones, los ocupantes del actual País Vasco, eran aliados de Roma, y, sobre todo, hay que pensar en el transporte marítimo, que verosimilmente se haría hasta el Portus Amanum (Castro Urdiales), desde donde partiría una vía que, bordeando el territorio cántabro, llegaba hasta el mismo Segisamo.³⁵

Durante las mismas operaciones y, sobre todo, en los años de relativa paz, como debieron ser en Cantabria el 25, el 23, el 21 y el 20 a. C., se procedió a reparar los caminos y a construir nuevas vías dentro del propio territorio, con el fin de facilitar el desplazamiento de las tropas y su abastecimiento. El miliario más antiguo de Cantabria es de la época de Augusto, del año 12 d. C. y fue hallado en Menaza,³⁶ justamente en el camino de Segisamo hacia la costa. El que esta calzada fuera reparada algunos pocos años después de la guerra, colocándose en ella nuevos miliarios, no obsta para que su construcción originaria sea anterior.

Queda pendiente aún el tema estratégico de si se planeó o no una ofensiva simultánea con distintas líneas de penetración desde la base de operaciones, para abarcar a Cantabria y Asturias, o si, por el contrario, las operaciones contra cada uno de estos pueblos fueron sucesivas. Es éste un tema que ha dividido a los estudiosos modernos. Desde luego, una operación combinada supondría una estrategia eficaz, pero implicaría también la coordinación de las tropas en un teatro de guerra muy amplio con todos los problemas que ello implica. Schulten,³⁷ Aguado Bleye y Bosch Gimpera,³⁸ Horrent,³⁹ Schmittener,⁴⁰ Brancatti,⁴¹ Rodrí-

³⁴ Estrabón III, 4, 18.

³⁵ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., Las mansiones de la Placa I del Itinerario de barro, *Altamira* 42 (1979-80): 7-39. Para detalles sobre el trazado de esta vía, véase SOLANA SAINZ, J. M., *Autrigonia Romana*, Universidad de Valladolid 1978, pp. 322-329; e IGLESIAS GIL, J. M. y J. A. MUÑOZ CASTRO, *Las comunicaciones en la Cantabria Romana*, Universidad de Cantabria, Santander 1992, pp. 145-170.

³⁶ IGLESIAS GIL, J. M., *Epigrafía Cántabra*, I.C.C., Santander 1976, fig. XIII.

³⁷ SCHULTEN, Obr. cit.

guez Colmenero,⁴² Santos Yanguas⁴³ y González Echegaray en un tiempo⁴⁴ optaron por la operación combinada y simultánea, extendiendo el campo de operaciones hasta Galicia inclusive. Por el contrario, Syme,⁴⁵ Lomas Somonte,⁴⁶ Le Roux,⁴⁷ Martino⁴⁸ y González Echegaray ahora,⁴⁹ siguiendo la teoría de los estudiosos más antiguos (Flórez, Assas, Sojo y Lomba...), y ciñiéndose a lo que dicen directamente las fuentes literarias,⁵⁰ abogan en líneas generales y con diversos matices en los que aquí no vamos a entrar, por una reducción del frente sólo a Cantabria y Asturias, y por un ataque sucesivo, primero a aquél país y después a éste.

Donde sí hubo operación combinada, pero a menor escala, fue en la propia Cantabria, pues se atacó, según las fuentes, en tres columnas distintas, a las cuales se prestó auxilio por una cuarta que desembarcó en la costa.⁵¹ En cualquier caso, esto sí supone una planificación cuidada y un estudio previo topográfico sobre los datos de que se disponía entonces, para que la operación pudiera llegar a tener éxito.

³⁸ AGUADO BLEYE, P. y P. BOSCH GIMPERA, "La conquista de España por Roma (218 a 19 a. d. J.C.)", en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, Tomo II, La España Romana, Madrid 1935, pp. 1-283.

³⁹ HORRENT, J., Nota sobre la Guerra Cantábrica del año 26 a. C., *Emerita* 21 (1953): 287-289.

⁴⁰ SCHMITTENNER, Obr. cit.

⁴¹ BRANCATTI, Obr. cit.

⁴² RODRÍGUEZ COLMENERO, Obr. cit.

⁴³ SANTOS YANGUAS, Obr. cit.

⁴⁴ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Los Cántabros*, 1a Ed., Madrid 1966.

⁴⁵ SYME, R., *The spanish War...* (citado).

⁴⁶ LOMAS SOMONTE, Obr. cit.

⁴⁷ LE ROUX, Obr. cit., pp. 65-69.

⁴⁸ MARTINO, E., *Roma contra Cántabros y Astures*, Santander 1982.

⁴⁹ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Los Cántabros*, 2ª Ed., Santander 1986.

⁵⁰ Floro 2, 33, 46-60; Orosio 6, 21, 1-11.

⁵¹ Floro 2, 33, 48-49; Orosio 6, 21, 3-4.

La táctica en el combate

Tratándose de un país montañoso en su inmensa mayoría, los problemas tácticos con los que se tenía que enfrentar el ejército romano eran evidentes. Desde siempre los romanos no se habían sentido cómodos en las guerras de montaña, y buena prueba de ello habían sido algunos famosos descalabros en ese terreno, como sucedió en la guerras samnitas. Esto se explica por la naturaleza y organización del ejército romano, su estilo de combate y sus armas. Tal circunstancia la compartían también otros ejércitos de la antigüedad y en algunos casos la incapacidad para la guerra de montaña se agravaba aún más que entre los romanos, como sucedía con la falange macedónica. Los ejércitos de la antigüedad en general y la legión romana en particular requerían un espacio lo más amplio y llano posible para desplegarse en formación de batalla y poder así emplear con todo éxito sus recursos tácticos, con el enfrentamiento final cuerpo a cuerpo.

Por el contrario, los pueblos del norte de España peleaban al estilo llamado de la guerrilla, aprovechando lo quebrado del terreno y utilizando preferentemente armas arrojadas. El resultado de un enfrentamiento en tales condiciones era muy problemático y de hecho la realidad lo iría confirmando. Las fuentes greco-latinas y en este caso Dión Casio lo plantea con toda claridad: “Augusto combatió contra los Astures y los Cántabros; pero como éstos ni se le acercaban, resguardándose siempre en sus picachos, ni se ponían a su alcance a causa de su inferioridad numérica y también por usar la mayoría de ellos armas arrojadas, causándole además muchas molestias si alguna vez se ponía en camino, ocupando los lugares favorables y emboscándose en las hondanadas y en las selvas, se encontró en un embarazo extremo”.⁵²

A pesar de ello, los romanos consiguieron, por lo que se refiere a los cántabros, al menos dar una batalla en el llano, de la que evidentemente salieron vencedores. Fue en campo abierto, fuera de la ciudad de Vellica, probablemente en la llanada de Mave junto al Pisuerga.⁵³ Oro-

⁵² Dión, 53, 25, 5-6. Trad. de *Fontes Hispaniae Antiquae* V, 327-328.

sio la describe así: “Por fin los cántabros se congregaron en una gran batalla bajo las murallas de Attica (Vellica) y fueron derrotados” (*Tunc demum Cantabri sub moenibus Atticae máximo congressi bello et victi...*)⁵⁴

Los romanos lograron también utilizar con éxito, al menos en una ocasión (y nos estamos refiriendo ya exclusivamente a Cantabria), otra táctica que ellos manejaban con experiencia: el asedio a las ciudades. Es el caso de Aracillum, igualmente descrito por las fuentes. Dice Orosio: “Después (se atacó) la ciudad de Racilio (Aracillum) que resistió con mucha fuerza y durante largo tiempo, pero que al final fue tomada y destruida (*Racilium deinde oppidum magna vi ac diu repugnans postremo captum ac dirutum est*).⁵⁵ La poliorcética romana, sus métodos y sus armas son de sobra conocidos y no es el caso describirlas aquí.

Pero este tipo de concesiones a la táctica romana, siempre desfavorable para los cántabros, no debió ser lo normal en esta guerra, según la ya comentada frase de Dión. Graham Webster dice a propósito de la batalla de Calgacus contra los caledonios en Escocia, ganada por el general Agrícola, gobernador entonces de Britania (77-84 d. C.) que “lo sorprendente es que los caledonios se dejaran arrastrar a una batalla campal, en la que se hallaban tan claramente en ventaja. De haberse refugiado en sus barrancos y bosques y proseguido la guerra de guerrillas, como hicieron antes los siluros, la situación hubiera sido diferente. La verdadera hazaña de Agrícola parece tanto conseguir la victoria, como haber forzado la batalla”.⁵⁶ Lo mismo sucedió con Silio Nerva en Suiza el año 16 a. C., cuando logró que los helvetios le presentaran batalla en el lago Constanza y allí los derrotó.

Los romanos ante las dificultades de la lucha en Cantabria ensayaron una nueva táctica, que podríamos llamar de “montería”, de la que, al menos que yo sepa, no tenemos precedentes ni paralelos en otras

⁵³ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Cantabria Antigua*, (citado), p. 93.

⁵⁴ Orosio 6, 21, 5. Véase el paralelo en Floro 2, 33, 49.

⁵⁵ Orosio 6, 21, 5. Véase el paralelo en Floro 2, 33, 50.

⁵⁶ WEBSTER, G., *The Roman Imperial Army*, Adam and Charles Black, Londres 1974, p. 230.

acciones militares. Está descrita por Floro: “Acorralaba a aquella gente feroz como en una especie de ojeo de fieras” (*efferam gentem ferarum quasi quadam cogebat indagine*).⁵⁷ Parece decir que las tropas romanas se internaban en los bosque en línea cerrada, para que nadie escapara, conduciendo al enemigo hacia ciertos lugares donde era masacrado por las fuerzas allí apostadas. Este sistema insólito y cruel suponía contar con tropas muy numerosas para la compleja operación, como en efecto sucedía en esta guerra, y asimismo con cierto conocimiento de la topografía del país, que sería probablemente lo que más fallaría en estas acciones.

En alguna relación con este método táctico se presenta aún un último tipo de operación militar. Se trata de copar al enemigo en un terreno al aire libre, pero limitado, por ejemplo una montaña, y allí someterle a asedio, hasta la rendición incondicional o más bien el exterminio. Para ello a veces era preciso realizar fortificaciones con el fin de aislar completamente toda la zona copada. De nuevo, el método suponía el empleo de mucha mano de obra para trabajar en el cerco y después para controlarle. Una vez más, Floro lo describe con precisión: “Al final tuvo lugar el asedio del Monte Medulio, que fue rodeado por un foso continuo de 15 millas. Avanzando a la vez y por todas partes el ejército romano, los bárbaros al fin se dieron cuenta de que estaban en una situación desesperada y se vengaron en medio de un festín, dándose muerte a sí mismos a porfía, con el fuego, el acero y el veneno que comunmente obtienen de los arboles del tejo, librándose la mayor parte de la esclavitud, que estimaban por entonces ser más onerosa que la propia muerte” (*postremo fuit Medulli montis obsidio, quem perpetua XV milium fossa comprehensum undique simul adeunte romano postquam extrema barbari vident, certatim igne, ferro inter epulas venenoque, quod ibi vulgo ex arboribus taxeis exprimitur, praecepere mortem seque pars maior a captivitate, quae morte gravior ad id tempus indomitis videbatur, vindicaverunt*).⁵⁸

⁵⁷ Floro 2, 33, 48.

⁵⁸ Floro 2, 33, 50. Véase el paralelo en Orosio 6, 21, 7-8.

Una forma extrema de esta táctica de acorralamiento tuvo lugar en el Monte Vindio. Sabemos que éste no era simplemente una montaña, como el Medulio, sino una larga sierra, como puntualiza Ptolomeo en su mapa,⁵⁹ la cual ha de identificarse con lo más abrupto de la Cordillera Cantábrica y singularmente con los macizos de los Picos de Europa.⁶⁰ A este Monte Vindio (“Monte Blanco” en celta) huyeron los cántabros vencidos, creyendo que así estarían a salvo; pero aquí debió también de aplicarse la táctica del acorralamiento ocupando las tropas romanas los valles próximos, de modo que los cántabros huidos no pudieron descender antes que cayeran las nieves del invierno, y allí perecieron casi todos. Dice Orosio que “huyeron al Monte Vinnio (Vindio) por su naturaleza inexpugnable, donde por el hambre a causa del asedio, acabaron pereciendo casi en su totalidad” (*in Vinnium montem natura tutissimum confugerunt, ubi obsidionis fame ad extremum paene consumpti sunt*).⁶¹ Floro nos describe el macizo montañoso como “un monte elevadísimo, donde creían que antes habrían de llegar allí las olas del océano, que las armas romanas” (*eminentissimum Vindium montem, quo maria prius Oceani quam arma ascensura esse crediderant*).⁶² Esta descripción y el mismo nombre de la sierra concuerdan muy bien con los Picos de Europa. Pero la táctica romana empleada en esta guerra no tenía necesidad de obligar a ascender por sus abruptas laderas a las legiones romanas. Bastaba con el control de los valles y vaguadas para que el rigor de aquel invierno del 26-25 a. C. hiciera todo lo demás.

Estos son los rasgos generales de fondo que la consulta de las fuentes greco-latinas nos descubre acerca de la naturaleza e importancia de la guerra cantábrica, y que siempre será preciso tener en cuenta por parte de los investigadores en todos los ensayos de identificación sobre el terreno de aquellos lugares citados en dichas fuentes.

⁵⁹ Ptolomeo 2, 6, 20.

⁶⁰ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Los Cántabros*, 4a ed. (citado), p. 78.

⁶¹ Orosio 6, 21, 5.

⁶² Floro 2, 33, 49.